

Homilía: Décimo octavo Domingo del Tiempo Ordinario – Año B – 08/04/2024

El pasado Domingo comenzamos un recorrido de cinco Domingos consecutivos leyendo el sexto capítulo del Evangelio de Juan donde todo se relaciona con la Eucaristía. Cuando el hambre se apodera de ti, la importancia de lo que estás haciendo desaparece hasta que encuentras la satisfacción de un estómago lleno. Cualquiera que sea lo que estabas haciendo, la búsqueda de ese día se rinde a la simple necesidad de alimentarte. Una vida dedicada principalmente a los placeres de la comida y la bebida es una vida sin sentido, pero nadie puede pasar la vida sin comer. Consientemente, a menudo combinamos lo que consumimos con el bien de comer juntos, convirtiendo la comida en un banquete comunitario de conversación alegre. Nos va bien cuando la renovación del cuerpo se une a la verdadera comunión con los demás, lo único por lo que realmente vale la pena vivir.

En la primera lectura, los Israelitas, están vagando por el desierto, están hambrientos y se quejan a Moisés por ello. Se olvidan de que el Señor está con ellos, temen morir de hambre en el desierto y comienzan a añorar la tierra exuberante y abundante a lo largo del río Nilo en Egipto. En ese momento, aceptarían volver a la esclavitud si eso significara tener el estómago lleno todos los días. Su dilema simboliza la elección espiritual que nosotros mismos debemos hacer al escoger vivir para nuestros cuerpos o para el Señor. Podríamos preferir la vida en Egipto, es decir, una vida esclavizada a la búsqueda de la satisfacción cómoda. O podríamos arriesgarnos a embarcarnos en un viaje por el desierto vivido en obediencia a Dios, quien nos conducirá a una vida

que ya tiene sabor a cielo. Porque en su misericordia, el Señor alimenta a su pueblo hambriento con un alimento desconocido para ellos, descrito en el salmo como el pan de los ángeles. Hace llover del cielo maná, una palabra en hebreo que captura perfectamente el asombro y la sorpresa que sintieron cuando lo descubrieron por primera vez: ¿qué es esto?

Como escuchamos en el Evangelio de la semana pasada, Jesús acababa de alimentar a una multitud de cinco mil personas en un lugar desierto multiplicando cinco panes de cebada y dos peces. Cuando la multitud finalmente encuentra a Jesús de nuevo al día siguiente, Jesús discierne o percibe que lo buscaban porque tenían la satisfacción de tener el estómago lleno. En cambio, deberían desear el “alimento que permanece para la vida eterna”. Al igual que los israelitas en el desierto ante Dios, la multitud se enfrenta a la misma elección espiritual ante Jesús: la autosatisfacción personal o la vida que sólo Dios puede dar. Esta vida, descrita aquí como eterna y más adelante en el capítulo como vida en el Hijo, es el don de Dios y se sustenta en el verdadero pan del cielo. Dios ha autorizado —puesto su sello— al Hijo para dar esta vida. Jesús puede dar esta vida porque Dios lo ha enviado desde el cielo como el verdadero pan vivo, el pan de vida.

En este tiempo de Reavivamiento Eucarístico, también debemos preguntarnos sobre nuestra fe en Jesús como el verdadero pan del cielo. Como los israelitas, preguntémonos sobre la Eucaristía, el verdadero maná, preguntando: ¿qué es? Esto significa una renovada aceptación de la fe de la Iglesia, que continua desde los

tiempos apostólicos, de que la Eucaristía es verdaderamente el Cuerpo y la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo, bajo el signo sacramental del pan y el vino.

Sencillamente, la Eucaristía es Jesús, su realidad personal escondida bajo la apariencia sensible del pan y el vino. Él se entrega de esta manera sacramental para que podamos recibirlo precisamente como nuestro verdadero alimento y bebida y así tener vida eterna, vida en abundancia. Ningún mero símbolo podría ser el verdadero pan del cielo, porque no es el significado ni la importancia lo que nos sostiene eternamente, sino sólo Dios.

Pero nuestra pregunta sobre qué es lo que tiene la Eucaristía también debe incluir la pregunta: ¿qué es la Eucaristía para mí? ¿Encuentro en la Eucaristía la vida que estoy buscando? ¿Saboreo el cielo cuando la recibo?

Hablando del cielo, hace dos semanas atrás, más de 60.000 Católicos probaron el cielo en el centro de Indianápolis como parte del Reavivamiento Eucarístico. Cuando todos ellos fueron a encontrarse cara a cara con Jesús vivo en el Santísimo Sacramento. Este es el mismo Jesús que caminó hace más de dos mil años en las calles de Jerusalén, y ha estado caminando con nosotros durante los últimos dos o tres años en peregrinación por los Estados Unidos, para que la gente sepa que está vivo y presente en nuestras vidas, en nuestra Nación, en nuestros hogares y en el Mundo. Este es el mismo Jesús que caminó en peregrinación por nuestra Diócesis el año pasado y este año. Este es el mismo Jesús que dijo a los apóstoles: “Sígueme”, y hoy te está diciendo que hagas lo mismo.

¡Mis hermanos y hermanas! “Las palabras “Sígueme”, dichas a un alma por Jesús, que sabe y quiere decir todo lo que dice, equivalen a esto: “Conozco muy bien tu pasado, tu presente y tu futuro. Confío en tu amor; me siento cómodo cerca de ti y en tu compañía. Te necesito tanto para mi gloria, y tú me necesitas para tu alegría. No quiero vivir sin ti. No solo te digo que camines, sino que estés conmigo en cada momento del día y de la noche”.

Este es el mismo Jesús que está aquí esperándote, para verte cara a cara cada Martes y Jueves en la Adoración al Santísimo Sacramento, aquí en nuestra parroquia. Santa Teresa de Calcuta dijo que el Crucifijo nos enseña cuánto nos amó Jesús en ese entonces, pero la Sagrada Hostia, el Santísimo Sacramento donde se encuentra Jesús vivo nos enseña cuánto nos ama Jesús ahora en este momento.

¡El Señor en el Sagrario está tan quieto y silencioso que parece que no pide otro homenaje que nuestra adoración silenciosa! Sin embargo, les digo que no hay lugar en la tierra donde se hable y se hagan cosas con tanto dinamismo y se produzca tanto fruto como en el Tabernáculo. No son los oídos y los ojos de la carne los que oyen y ven estas cosas, sino los oídos y los ojos del alma (nuestra alma). Con esta atención, escuchemos y veamos lo que se dice y se hace en el Tabernáculo.

¡Mis hermanos y hermanas en Cristo! El mayor acto de gratitud que podemos hacer a Jesús por darnos el don de la Sagrada Comunión cada mañana es llegar a parecernos a Él durante todo el día. Aunque por nosotros mismos no podemos imitar sus virtudes,

por el poder de la Eucaristía, sí podemos. Además, también podemos imitar a Jesús en su presencia en el Tabernáculo, donde está silenciosamente disponible para todos y no protesta ni se queja de cómo lo tratan.

¡Hermanos y hermanas! Cuando recibimos la Eucaristía, ¿entendemos lo que Jesús quiso decir cuando dijo que nunca más tendríamos hambre ni sed? Cuando Jesús se entrega a nosotros como nuestro pan de cada día, ¿encontramos la plenitud en la vida divina y el amor divino contenido en ella? También nosotros nos enfrentamos a la misma elección espiritual: ¿vivo para satisfacerme a mí mismo, o anhelo y busco la vida que sólo Dios puede dar cuando envía el verdadero pan del cielo? ¿Estoy dispuesto a dejar que Dios me guíe más allá de una vida esclavizada de comodidad y seguridad para un viaje por el desierto a la tierra prometida?

1335: Los milagros de la multiplicación de los panes, cuando el Señor dijo la bendición, partió y distribuyó los panes por medio de sus discípulos para alimentar la multitud, prefiguran la sobreabundancia de este único pan de su Eucaristía (cf. *Mt* 14,13-21; 15, 32-29). El signo del agua convertida en vino en Caná (cf *Jn* 2,11) anuncia ya la Hora de la glorificación de Jesús. Manifiesta el cumplimiento del banquete de las bodas en el Reino del Padre, donde los fieles beberán el vino nuevo (cf *Mc* 14,25) convertido en Sangre de Cristo.

1336: El primer anuncio de la Eucaristía dividió a los discípulos, igual que el anuncio de la pasión los escandalizó: "Es duro este lenguaje, ¿quién puede escucharlo?" (*Jn* 6,60). La Eucaristía y la cruz son piedras de escándalo. Es el mismo misterio, y no

cesa de ser ocasión de división. "¿También vosotros queréis marcharos?" (*Jn 6,67*): esta pregunta del Señor resuena a través de las edades, como invitación de su amor a descubrir que sólo Él tiene "palabras de vida eterna" (*Jn 6,68*), y que acoger en la fe el don de su Eucaristía es acogerlo a Él mismo.

En el Evangelio, Jesús dice al pueblo: No trabajen por ese alimento que se acaba, sino por el alimento que dura para la vida eterna. Y les continúa diciendo «Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed». Porque cuando todo había sido reducido a una condición de muerte espiritual, el Señor nos dio la vida por medio de él, que es pan porque, según creemos, la levadura de la masa de nuestra humanidad fue cocida en su totalidad por el fuego de su divinidad. Él no es el pan de esta vida ordinaria, sino de una vida muy diferente, que la muerte nunca podrá interrumpir.

Para terminar, sólo por la fe podemos conocer a Jesús en la Eucaristía. Pero ¿tratamos la Eucaristía de la misma manera que trataríamos a Jesús resucitado? ¿Amamos la Eucaristía exactamente como amamos a Jesús, o la consideramos como un "Jesús light/ bajo en calorías"? Pensemos en esto: si ustedes se enteraran que Jesús resucitado se aparecería en aquí en nuestra parroquia San José o en cualquier otra parroquia a una hora determinada, ¿no reorganizarías toda su agenda para estar allí para el encuentro? Sin embargo, ¿cuán grande es nuestro esfuerzo por encontrar al mismo Jesús presente en el Tabernáculo en cada Iglesia en cualquier momento del

día? ¿Cómo es permitido ignorar la Presencia Real en el Tabernáculo cuando nunca lo haríamos si Jesús resucitado estuviera en medio de nosotros?

➤ La Eucaristía es "fuente y culmen de toda la vida cristiana".

Hermanos y hermanas, cuando recibimos la Eucaristía, no nos limitemos a consumirla sin encontrarnos con la persona, Jesús. Así como Él se nos da a nosotros, entreguémonos siempre nosotros a Él, compartiéndonos con Él, que comparte su vida con nosotros.